

ISABEL ARRANZ

SIN REGLAS



«Un delirante crimen hormonal»

 Planeta



Isabel Arranz



Sin reglas

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Isabel Arranz, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: febrero de 2020

Depósito legal: B. 53-2020

ISBN: 978-84-08-22331-3

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

DESPUÉS DE QUE TODO EMPEZARA

Luz está en su camerino. A diferencia de otras noches, hoy tiene los ojos secos. Tanto que cada vez que parpadea le raspan como si se los estuvieran frotando con el cepillito del rímel. Como cuando la maquillan antes del programa.

—Perdona, cariño —dice Marisa, la maquilladora.

—De perdona nada, maja. Me has hecho polvo. Estate a lo que tienes que estar, que no paras de rajar —contesta Luz de mal humor.

Siempre le habla así, cortante, con mala baba, con altanería. Marisa aguanta sus coces verbales y Luz disfruta machacándola. Para sus adentros, piensa que a esta mujer le falta un hervor. No entiende por qué no la han puesto de patitas en la calle hace tiempo. Seguro que de joven se la chupó a alguien y aquí sigue, para los restos, piensa. Da igual. ¿Por qué me acuerdo ahora de esa imbécil? ¿Y por qué tengo los ojos tan secos?

—¿Dónde está mi colirio? —balbucea.

Como respuesta, recibe un tirón de pelo tan brutal que le pone la cabeza mirando hacia el techo. Un tirón que la obliga a arquear la espalda. Está a cuatro patas, como un perro. Apoyada sobre los codos y con el culo en pompa. Los puños cerrados, agarrados uno a otro. Las muñecas pegadas con cinta americana. Aún lleva la ropa de la escena final. Sus pensamientos son vagos e inconexos. Se fija en la mancha oscura que hay en el techo. El café que lanzó en uno de sus ataques de ira.

—Hay que pintar este techo. ¿Sabes que fue el camerino de Lina Morgan? El mejor camerino es ahora ¡mi camerino! Algún día compraré este teatro y la gente lo llamará el Luz Pavones, como el María Guerrero.

Otro tirón de pelo. No le duele, aunque debería. Hace apenas unos instantes le ha pegado una patada en la boca. Un golpe seco que le ha arrancado de cuajo uno de los implantes. Con la lengua hurga en el agujero de la encía y nota el perno metálico arrancado del hueso. Lo escupe y queda en el suelo, delante de su cara. Un colmillo de porcelana enroscado en un tornillo de titanio, rodeado de un amasijo de encía y sangre. Una sonrisa perfecta que ya no lo es. Mañana tengo que pedir hora a Rafa, el dentista, para que me lo arregle, anota mentalmente. Hace años, cuando se miraba al espejo, tenía una sonrisa deslavazada. Un diente aquí y otro allá. Un esmalte teñido de tabaco y café. Y alguna caries. Boca de pobre, que dice su madre. Ahora su dentadura es perfecta. Carísima y perfecta. Primero tuvo que sacarse todas las piezas. Dejar cicatrizar las encías. Anclar los pernos en el maxilar y enroscar cada diente, cada colmillo, cada muela. Más de cuarenta mil euros para sonreír con la boca abierta de par en par. Sin taparse con disimulo. Sin dar palmaditas de foca al reír para que el sonido llamara la atención del espectador y no se fijase en esa dentadura horrenda. Un truco de mago. Desviar la atención...

Otra patada en la cara. Ahora sí que la ha notado. Por la comisura derecha la sangre chorrea hasta el suelo. Tiene la mejilla apoyada en la madera. Huele a productos de limpieza mezclados con un leve y lejano aroma de champán agrio. Champán francés derramado en tantos brindis de tantas noches de éxito de tantos actores en tantas obras. Una patada en el costado deja a Luz tumbada de lado, en posición fetal. El corazón empieza a latirle más deprisa. No sabe si es miedo. ¿Miedo? ¿Por qué?, se dice. Seguro que esto acaba pronto. Respira hondo para recuperar el control. Parece como si le doliera en cada bocanada. La sensación le hace pensar que el último golpe le ha partido algo por dentro. Una costilla.

Como en un sueño, oye su voz, pero no entiende qué le dice. Luz alza los ojos secos para mirar a quien la agrede. Otra patada en la cara.

—No me mires. Ni se te ocurra mirarme —le dice con aspereza.

Luz baja los ojos. Obedece a todas sus órdenes sin rechistar. Se está sintiendo mal, revuelta, mareada. Nota la cara ardiendo, la piel ardiendo, la vejiga llena a reventar. Como esto dure mucho, me voy a hacer pis encima, piensa. Le sobreviene un retortijón, un dolor profundo en el bajo vientre que le da ganas de apretar. Como cuando parió a Fidel hace veinticinco años. Varios espasmos más y defeca.

—Me he hecho caca —a Luz le cuesta pronunciar cada sílaba. Lo dice como una niña con miedo a que la regañen—. Ha sido sin querer.

—¡Cerda! ¡Asquerosa! —le da un tirón de pelo—. Aunque... es un final cojonudo para la gran Luz Pavones. La prensa se va a poner las botas contigo. Y la cadena ni te cuento. Van a estar hablando de esto durante meses. «La querida y popular presentadora Luz Pavones ha sido encontrada muerta en medio de un charco de mierda en su camerino del teatro La Latina, donde triunfaba con la obra Sin reglas. No dirán «mierda», en todo caso «excrementos», que queda mejor si se habla de un cadáver.

Ríe a carcajadas. Le hace mucha gracia.

—Una mierda rodeada de más mierda. ¿Sabes que a Judy Garland la encontraron muerta sentada en el váter? Claro que no es lo mismo. Aquella pobre se metía de todo porque no aguantaba su vida. Aquí es a ti a quien no hay quien la aguante.

—Dame un vasito de agua —interrumpe Luz indiferente a ese monólogo venenoso.

Pero ya no le contesta. Con unas tijeras le rasga la ropa, le corta las bragas y las deja, con asco, en la papelera.

—¿Qué haces? ¿Por qué me estás...? —No termina la frase. Se acaba de dar cuenta de que empieza a ver borroso. Borroso y oscuro. Está quedándose ciega poco a poco—. No te veo. Enciende la luz que no te veo —lloriquea.

Percibe solo bultos, el burro con sus cambios de vestuario, el sofá, las luces del tocador. Su pregunta queda sin respuesta, pero, frente a ella, puede distinguir que se está bajando la cremallera de la bragueta. ¿Qué va a hacer? Pero se detiene.

—Estaba pensando en mearte. Pero sería una gilipollez dejar mi ADN en tu cuerpo. Con que te encuentren muerta y rebozada en mierda me conformo. —Vuelve a subirse la cremallera.

—¿Muerta? ¿Me vas a matar?

Empieza a comprender que todo es real. Creía que estaba viviendo una pesadilla horrible, de esas que cuando te despiertas te dejan tocada toda la mañana. Una pesadilla que recuerdas con nitidez, pero que pierde intensidad cuando la cuentas. Parecía eso, un mal sueño, porque, a pesar de los golpes, no ha sentido ningún dolor. Cuando aún no se había dado cuenta de que la estaba torturando hasta la muerte, pensaba que le había sentado mal algo que había comido y que esa pesadez de estómago la estaba llevando por ese camino de los sueños retorcidos. Ha tenido que ser la puta empanada de Juanita, se decía a sí misma, que me ha sentado como el culo.

El bulto oscuro se coloca delante de ella y le da otra patada para que se calle. ¿Cuántas van ya?, piensa. De pronto, Luz está en una carcajada, como si estuviera enloqueciendo.

—En la cuarta escena le he soltado un eructo de atún en toda su cara y se lo ha tragado enterito.

Le cuesta hablar. Tiene la boca seca como un estropajo.

Juanita Fernández Romero, su compañera de reparto, había traído una empanada gallega y un par de botellas de Rioja para invitar a la compañía porque hoy cumplía cincuenta y cinco años. No le apetecía celebrar nada, mucho menos con Luz, posiblemente la peor persona con la que ha trabajado en su vida, pero no quiere líos con ella. Luz es un mal bicho, con mucho veneno en la lengua y demasiado poder en Telemedia, un canal que ve toda España. Bastaría un mal gesto en su programa en cuanto alguien nombrase a Juanita Fernández Romero para echar por tierra su buena reputación ganada a fuerza de trabajo, talento y saber estar durante

muchos años de profesión. Antiguamente, cuando sus padres trabajaban en el teatro —dos grandes de la escena, Guillermo Fernández y Juana Romero—, todo era distinto. A los artistas se los consideraba. Se los llamaba por su nombre con el «don» o el «doña» por delante. Se les hablaba de usted. Con admiración. Con respeto. Incluso con veneración. Hoy eso ha cambiado. La televisión ha igualado a todos. Los verdaderos actores se mezclan con famosos de medio pelo a los que les basta salir en un programa de gran audiencia para que todo el mundo les baile el agua. Como Luz, una mujer guapa, con unos ojos enormes del color de la miel, un cuerpo de escándalo y un cerebro de pollo, que, después de hacer la vida imposible durante tres meses a sus compañeros en la casa de Gran cuñado, en Telefive, pasó de ser una completa desconocida a ser el personaje por el que todas las cadenas se daban de bofetadas a golpe de talonario. Telemedia, para convertirla en su presentadora estrella, puso sobre la mesa una cifra casi obscena que no pudo ni quiso rechazar. Luz, a pesar de la hambruna de su niñez, definitivamente había nacido con una flor en el culo.

Siente que algo está atravesándole el ano. Ya no piensa en Juanita ni en nada. Su corazón se acelera más y más. Le sobreviene una náusea. Vomita. Está empezando a respirar con dificultad. El bulto se agacha y le toma el pulso. El corazón le late a ciento noventa y siete pulsaciones por minuto. Está a punto de fibrilar. Después le sobrevendrá el infarto. Le toca la frente. Está ardiendo.

—Tengo miedo. Ayúdame. No quiero morirme. Te pagaré lo que quieras, lo que quieras —balbucea con un pequeño hilo de consciencia.

El bulto se pone de pie sin contestar, se acerca al sofá y coge el móvil de Luz. Va hacia la puerta del camerino, descorre el cerrojo, sale y cierra. Antes de perder la consciencia para siempre, Luz oye cómo se aleja. Ahora todo es silencio y oscuridad.

—¡Infumable! —Tomo un trago de café y descanso los ojos mirando por la ventana del salón. Los primeros brotes

verdes se han apoderado del jardín. Estoy sentada delante del ordenador, sin apartar los ojos de la pantalla desde que desperté, nada más amanecer. Cuanto más leo lo que he escrito, peor me parece. Normal, porque no soy escritora, sino poli. Sé calar a la gente. Es una especie de don que tengo desde pequeña. Un gesto leve, una inflexión de voz casi inapreciable y sé si me están mintiendo o si me dicen la verdad. Una lata, porque me pone de muy mala leche que la gente intente colármela. Por eso el comisario Belmonte me endosa los casos en los que nada es lo que parece. Como este, el asesinato de Luz Pavones, una estrella mediática que apareció muerta en su camerino. Yo, en mi cabeza, con los datos que tengo hasta el momento, me he montado la película de cómo debió de ser su martirio. Porque fue torturada hasta la muerte. Una venganza, un acto inhumano que rezuma un odio infinito. Morir debió de ser para ella una liberación.

Tengo que reconocer que en este caso estoy más implicada emocionalmente de lo que debería. Dicen que las casualidades no existen. Sin embargo, aunque parezca de película, yo estaba en el teatro La Latina viéndola actuar la misma noche en que la mataron y me revienta pensar que pude cruzarme con su asesino y que no fui capaz de reconocer a un psicópata entre la gente. No es que me sienta culpable. Si me tomara cada caso como algo personal, ya me habría tirado de un puente hace muchos años. Pero este es especial para mí.

Lo de escribir una novela es otro tema. Mi terapeuta se ha empeñado en que me mime y me regale momentos placenteros, como darme un masaje, pero no tengo tiempo. Hacer un pequeño viaje de fin de semana con mi marido; imposible dejar a nuestro hijo a cargo de nadie, y mucho menos de mi madre. Escuchar música; eso sí, menos mal que tengo la tarifa *premium* de Spotify, porque, si no, me

arruinaría comprando cedés. ¿O ya nadie compra cedés? A veces me siento tan mayor... O que haga algo artístico que me llene el alma, como pintar —que se me da fatal— o escribir —que se me da peor. Por lo menos lo de escribir no ocupa espacio. Si montara un caballete con un lienzo en medio de mi salón, tendríamos que ver la tele en casa de mi vecina. Vivo en un piso de setenta metros cuadrados con mi marido, mi hijo adolescente, mi madre octogenaria, dos gatas y una perra. No tengo claro que la Agencia Tributaria considere un caballete parte integrante de la unidad familiar con derecho a desgravación.

Suena el móvil. Odio este politono. Se empeñó en ponérmelo mi hijo, y por no llevarle la contraria, no fuera a ponerse como una bestia parda, lo he dejado. Pero odio con toda mi alma el reguetón. Me asquean sus letras vejatorias con las mujeres. Algún día alguien del Ministerio de Sanidad, Consumo y Bienestar Social se dará cuenta de que los mensajes denigrantes que lanza esta mierda importada están calando hondo entre los adolescentes. Y todavía se preguntan qué estamos haciendo mal ante el aumento de actitudes machistas entre los más jóvenes. «Menéate así, mami...». Me cago en todo lo que se menea. Toco la pantalla y me pongo el teléfono en la oreja.

—¿Diga? —El teléfono sigue sonando. Nada de ring, ring. Reguetón. Me pongo más nerviosa—. ¡Qué mierda de teléfono! Con lo que me gustaban los de teclas —protesto en voz alta mientras mi dedo golpea la pantalla como una taladradora profesional.

Sí, hablo en voz alta. Como mi madre. Como la madre de mi madre y como la mayoría de las mujeres de más de cincuenta que nos pasamos por el forro lo que piensen de nosotras por hablar solas.

Sigo restregando el dedo índice una y otra vez, pero el teléfono se ha bloqueado.

—Esto es un virus o un troyano o un... ¡asco de chisme!
—refunfuño. Desisto y lo tiro sobre la encimera el tiempo suficiente como para que se recupere. Pero sigue sonando y, desesperada, lo cojo de nuevo, me limpio el dedo en el vaquero y, deslizándolo más despacio, consigo contestar a la llamada.

—¡Dime!

—Lola, ¿qué pasa? Que ese «dime» casi me perfora el tímpano. —Suenan la voz de Verónica entre un estruendo de bocinas.

—Que tengo un zafatéfono por móvil. ¿Tú dónde andas, que hay un ruido del infierno? —grito como si fuera yo la que estuviera en medio de ese guirigay.

—En Atocha, en la parada del Ave. La cosa está calientita. Hay unos listos de una *vtc* dando vueltas por aquí como buitres y recogen a la gente sin que los hayan llamado por la aplicación. Claro, los compañeros están que trinan y se han liado a puñetazos con el coche de uno, y él, en vez de largarse, se ha bajado en plan chulo y le han atizado también. Total, que han venido dos *lecheras* y se están llevando a la gente detenida. ¿Tú puedes hacer algo? Porque uno de ellos es mi amigo Damián. —Verónica se desgañita y yo la oigo a duras penas.

—¿Qué voy a hacer yo? Si el agredido lo denuncia, tu amigo y los otros tendrán un juicio rápido y les meterán, como mucho, doscientos euros.

—O sea, que te hacen la competencia y encima ¿tienes que quedarte de brazos cruzados o, si no, te denuncian? ¡Hay que joderse! —Parece molesta conmigo, cosa rara, porque Verónica es la persona más afable, paciente y risueña del mundo.

—A ver, Vero, es que os creéis que las cosas se arreglan a leches y no es así. Hay instrumentos legales...

—¡Y una mierda! —No me deja acabar la frase—. No

me sueltes el rollo de poli. ¿Sabes cuánto me costó la licencia del taxi? —Callo y espero—. ¡Ciento cuarenta mil euros! ¡Veintitrés millones, doscientas noventa y cuatro mil cuarenta de las antiguas pesetas! ¡Que ya son pesetas! —Está muy cabreada—. Y ¿sabes cuánto les cuesta a estos de las *utic*? —Callo porque me lo va a decir de todas formas—. ¡Treinta euros! Y si yo dejo de trabajar el taxi antes de la jubilación, tengo que pagar al Ayuntamiento de Madrid setenta mil euros. ¿Y encima tenemos que quedarnos de brazos cruzados si se ponen cerca de las paradas oficiales para coger pasajeros? —vocifera.

—Vale, vale. Entiendo que estés enfadada, pero no lo pagues conmigo, coño.

Resopla para tranquilizarse. Como la conozco desde que teníamos cuatro años y siempre ha sido igual, guardo silencio esperando que vuelva a su ser.

—Tienes razón, cariño, perdona. —Es la mujer sifón, tan pronto explota como se queda sin gas—. Es que llevo una mañana horrorosa. Y a todo esto, yo te llamaba para contarte un cotilleo que a lo mejor te viene bien para lo de la Pavones.

—Dime que has llevado al asesino en tu taxi y que ha confesado el crimen a su acompañante mientras tú simulabas oír la COPE —bromeo.

—No seas idiota. Ya sabes que ni me va la COPE ni pongo la oreja para escuchar las conversaciones privadas de mis clientes —se ríe sabiendo que la tengo calada—. Lo que iba a decirte es que esta mañana he llevado a Lulú Prados...

—¿A quién? —pregunto porque por un momento se ha cortado la comunicación.

—Lulú Prados, la tertuliana de Telefive. ¿Sabes quién digo? —Permanezco callada pensando en que esa mujer y yo tuvimos que luchar una vez contra el mismo enemigo.

Verónica interpreta mi silencio como otro de mis despistes—. Hija, es que no estás nada puesta en famosos —me reprocha—. Bueno, es igual. La he llevado a un café monísimo de la plaza de La Moraleja. Iba hablando por teléfono con alguien que le ha dicho que en Telemedia corre el rumor de que a Luz Pavones se la ha cargado su representante.

—¡Anda ya! —le digo—. Primero, Luz conocía a muchísima gente y eso hace que los sospechosos nos salgan por las orejas. Segundo, ¿cómo iba a saber eso Lulú si trabaja en Telefive y Luz era de Telemedia?

—Porque todos los que salen en la tele se conocen. ¿No ves que van de una cadena a otra?

—Y tercero... ¿Por qué la representante?

—Pues porque habían salido tarifando hace poco. Parece que Luz había decidido que la representara su hermana. Así todo queda en casa. A esa mujer le debió de sentar como un tiro. Normal, porque se estaría llevando un pastizal de comisión. Total, que se la ha cargado.

—Ja, ja, ja —me río porque me encanta esa inocencia casi infantil de Verónica, que piensa que una investigación es como en las películas malas, que se resuelve por un golpe de azar.

—Hija, si lo que te cuento te parece una chorrada, para otra vez me callo y listo —protesta susceptible, aunque esta vez el sifón que lleva dentro no va a estallar.

—Perdona, perdona. No me río de ti. Me río por lo que le gusta especular a la gente en este país. Sin tener idea de lo que dicen, por cierto —le digo mientras escribo en el ordenador «¿Representante?».

—Pero dime si no es un móvil cojonudo para matarla. —Ya se le ha pasado el mosqueo.

—Desde luego, como en la mayoría de los crímenes. Ya sabes lo que digo siempre... En España, y en el mundo

entero, la gente mata por las dos «bes»: el bolsillo y la bra-gueta.

Apunto en el ordenador «¿Situación económica de la representante?».

—Pues vas a tener razón —dice—, porque puede que tenga las dos «bes». Le oí decir a Lulú: «¡Qué tontería es esa de que Teo estaba enamorada de Luz!». Pero así, con estas palabras, ¿eh? Y a mí, si te digo la verdad, me cuadra, porque en la tele seguro que todo el mundo se lía con todo el mundo. Les da lo mismo carne que pescado. Como son artistas... Oye, que a mí me parece muy bien, que solo se vive una vez. Además, Luz era guapísima. De hecho, si no fuera porque a mí me gustan los hombres más que a un tonto un lápiz, me habría puesto como una moto.

—Bueno, moto, ya hablaremos, que tengo que arreglarme para ir a currar. —En solo un minuto me acaba de poner la cabeza como un bombo—. Por cierto, ¿cómo se llama esa mujer? La representante, digo. Porque seguro que se lo has preguntado.

—¡Toma, claro! Teodosia López Pollo. Pero todo el mundo la llama Teo. La he buscado en Google y tiene una web y todo. Métete y verás...

—Voy a tener que pedirle al comisario que te dé una asignación como confidente. —Tecleo en el ordenador el nombre y enseguida sale una página con su nombre en letras grandes y compactas.

—Ah, ¿pero la poli paga los chivatazos? Porque tengo unos cotilleos de unos cuantos famosos a los que he llevado en mi taxi que, como se los venda a cualquier programa del *cuore*, me pagan los plazos que me quedan de la licencia.

—No nos pagan casi ni las nóminas, imagínate eso... —me río, aunque no tiene maldita gracia.

—Bueno, tú sigue investigando y me cuentas con pelos y señales. Ya sabes que siempre digo que esto parece una

novela de Agatha Christie. Y hablando de libros, ¿has empezado a escribir tu novelón policiaco? No será porque no tienes nada que contar... Que solo con lo de la Pavones...

—Sí. —Me callo.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y?

—Una mierda como un piano. —Verónica se troncha—. Va a ser mejor que nos cambiemos de casa y me dedique a pintar, porque lo que es escribir se me da como el culo.

—Anda, anda. Eso habrá que verlo, que te valoras muy poco.

—Si tú lo dices...

Empieza a enrollarse como las persianas y yo ya voy pillada de tiempo.

—Tú mándamelo por *email* —me dice muy convencida de que voy a hacerlo—. Me lo leo y te digo si eres una Isabel Allende o si mejor te dedicas a otra cosa.

—Estás tú lista si crees que vas a leer ni una coma. Además, he usado datos de la investigación que no están ni confirmados. Ni hablar. —Verónica va a protestar, pero zanja el tema—. Y te recuerdo que el caso está bajo secreto de sumario.

—¿Pero a quién crees que se lo voy a contar, boba?

—A tu madre, a tu hija, a media España y a Lulú Prados en cuanto vuelva a subirse a tu taxi.

—Pues que sepas que es encantadora, educadísima y en persona mucho más guapa y delgada que en televisión. Te digo yo que es verdad que la tele engorda.

Verónica conoce a todo quisque. Está enganchada a la programación de todas las cadenas públicas y privadas del país, especialmente a la de Telemedia, por eso se empeñó en ir a ver a la Pavones al teatro.

—O sea, que el espejo de mi cuarto de baño es en realidad una cámara de televisión —contesto.

Nos tronchamos de risa. Siempre nos pasa. Debe de ser cosa de los años, pero no paramos de reírnos de nosotras mismas. Dicen que los cincuenta de ahora son los cuarenta de antes. Yo no estoy de acuerdo. Mis cincuenta son los treinta y cuatro. Cada día, cuando abro los ojos, creo que tengo justo treinta y cuatro años. Hasta que me miro en un espejo. A veces no me reconozco. Desde la quimio no soy yo. No estoy diciendo que esté horrorosa. Me alegro de haber tomado la decisión de no teñirme, raparme el pelo y lucir canas. Me siento bien conmigo misma. Pero la cara me ha cambiado, sobre todo la expresión de los ojos. No somos conscientes de lo importantes que son las cejas para comunicarnos. Si las subes, muestras sorpresa o interés. Si las juntas, enfado o concentración. Si subes una, ironía. Y si desaparecen, desapareces tú con ellas. Con el tiempo, después de darme el alta, me han ido creciendo un poco, pero mi expresión facial no ha llegado a ser la misma. He tenido que aprender a pintármelas para parecerme a como era antes. Y del cuerpo ni hablamos. Vestida me siento segura, pero cuando voy a ducharme, el espejo me devuelve una cicatriz del esternón al costado izquierdo donde antes había un pecho. Fernando dice que no me meta en líos de hacerme la reconstrucción, que a él no le importa. A mí sí, pero tengo miedo de volver a entrar en un quirófano. ¡Qué jodido es el cáncer! Se me va el pensamiento a Lulú. ¡Qué valiente ha sido y qué mal lo ha tenido que pasar, la pobre! Enferma y saliendo en la tele. Exponiéndose a las miradas de todo el mundo... Yo no tuve más remedio que dejar mi trabajo un año, porque la quimio casi acaba conmigo.

—¿Estás ahí, pedorrina? —Verónica ha estado hablando y yo, mientras, he dejado volar la cabeza.

—Sí, claro que sigo aquí, pero debería estar saliendo por la puerta hace rato. ¿Qué me decías?

—Que voy a ver si coincido otra vez con Lulú para preguntarle qué más se dice de la Pavones.

—A ti te lo va a contar... —Ella sigue erre que erre. La veo capaz de hacer guardia con el taxi en la puerta de Telefive. Y ahora entiendo por qué se ha cruzado Lulú en mi ida de olla.

—Si te dijera las cosas que me cuenta la gente... —No se ha dado cuenta de que ha estado hablando sola—. Por cierto, ¿te apetece que quedemos con las chicas al salir de currar?

—¡Pero si nos vimos ayer!

—¡Pues otra vez!

—Bueno, a ver cómo se nos da el día. Nos wasapeamos y vemos. Ah, y gracias por pegar la oreja —le digo deseando despedirme ya.

Afortunadamente se corta. O se ha quedado sin batería o ha colgado sin querer. A mí también me pasa cuando sujeto el teléfono entre la mejilla y el hombro.

Me concentro en la página de Teo López Pollo de aspecto moderno y minimalista. Una foto suya de estudio con una buena sesión de Photoshop ocupa casi toda la página principal.

—Ególatra.

Vende su imagen como garantía de éxito. Es una mujer madura —¿cincuenta y muchos?—, murmuro. De rasgos duros y angulosos. Pelo negro —con algunas canas—, corto y cuidadosamente alborotado para proyectar una imagen aún juvenil y desenfadada. Tiene la cara girada de medio perfil y apoya la barbilla sobre la palma de la mano izquierda. En el dedo índice destaca un sello de oro macizo con sus iniciales entrelazadas: TLP. Que lo lleve en el índice y no en el anular es lo que me hace intuir que tiene un carácter autoritario. De esas personas que alzan la voz sobre la tuya y te señalan cuando quieren imponer su opi-

nión. Las iniciales trenzadas, compactas, estandarte de su propio ser, confirman su egolatría. Su mano es grande, con venas marcadas, casi viril. Desdoble la pestaña «Actores» y veo que representa a varios de los chulazos jóvenes que trabajan en casi todas las series y películas españolas. Con las actrices, más de lo mismo. Nombres y rostros de mujeres que te restriegan su juventud desde las marquesinas de los autobuses, los anuncios de la tele y las revistas del corazón o de moda. Mujeres guapas que marcan tendencia. ¿Cómo las llaman ahora? ¿*It girls*? No me parece que esta señora tenga necesidad de matar a nadie por dinero. Aunque de ser cierto el rumor de sus sentimientos hacia Luz, los celos o el despecho serían un buen motivo. Tiene pinta de ser una de esas personas que no aceptan un no por respuesta. Grabo el número de su oficina en mi agenda. Tengo que hablar con ella sin falta. Bajo la página con el ratón y me topo con Luz Pavones. Aunque a estas horas la pobre lleva varios días bajo tierra, todavía no han quitado su foto. Puede que le dijera que su relación profesional había acabado. O que conserve su foto por motivos sentimentales, no necesariamente románticos. Puede que no le haya dado tiempo a quitarla. O que sean falsos los rumores de que iba a cambiar de representante. No puedo dejar de mirarla. Realmente era una mujer preciosa. Luz parece mirarme, con una sonrisa espléndida y viva. Nada que ver con esos ojos vidriosos y opacos que no puedo olvidar desde que la vi, irremediabilmente muerta, en el suelo de su camerino.

—¿Quién te ha matado y por qué, Luz Pavones?